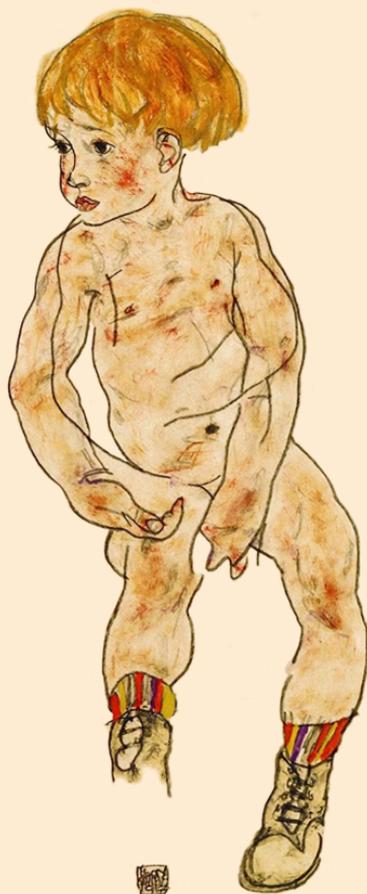


# *Trilogía del dolor*

DANIEL MELLA



C

Editorial Comba



Seis años saltando a las letras hispánicas  
2014 - 2020

Colección Narrativa

# *Trilogía del dolor*

DANIEL MELLA



Editorial Comba

Imagen de la portada:  
Egon Schiele, 1917. *Retrato de Anton Peschka Jr.*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Diagramación: Roger Castillejo Olán

© Daniel Mella, 2020  
© Editorial Comba, 2020  
c/ Muntaner, 178, 5º 2ª bis  
08036 Barcelona

ISBN: 978-84-949623-8-7  
Depósito Legal: B-1.100-2020

# Índice

Pogo	7
Derretimiento	87
Noviembre	185

**Pogo**

## Primera parte

### I

Ahí estaba el aeropuerto.

Me acerqué apenas en la oscuridad. Había una sirena. Me pegué a la baranda del balcón desde donde había observado al avión que se llevaba a mi padre.

Miré seis metros más abajo y el olor me alcanzó como una escalera, olor a gas, a goma quemada por los frenos.

Los empleados hablaban del gas y de un partido de la semana pasada: doblándome, alcancé a divisar a uno que tenía puesto un mameluco azul bolsudo y estropeado. La voz de una radio atravesaba el aire. Un par de focos permitían vislumbrar, en parte, el cuerpo de un hangar. El cuadrado de juncos a unos cien metros era un parche negro. Un cartel de Pluna había perdido dos luces.

Intenté imaginar las caras de los empleados, el color de sus caras frente a un probable tanque en llamas, como en las películas. El hedor y la tristeza.

La fragancia de la comida aérea. Salmón, de Aero Boliviano; lomo cocido y envuelto en panceta, de Ae-

rolíneas Argentinas; los chocolates y el coñac que sirvió para el fuego y atiborraba las caras de sudor de alcohol.

Vagamente también hablaron de dólares.

Miré las caras azules y los cuerpos morenos y las casas blancas en los tabloides y un titular de Ropas Vivas y un auto con guardabarros anchos en una tapa satinada donde vi mi silueta.

Paseé un tiempo más llegando hasta los ventanales del correo y las escaleras, las teles y la sala vip.

La calle y el estacionamiento húmedos y oscuros cubrían el pellejo verde de la tierra.

Prendí un cigarro y lo tiré y lo pisé, y quise levantarlo del piso y tragarlo pero el pellejo verde lo había empapado.

Protegí mi tos con una mano. Caminé en dirección a ninguna parte calculando la velocidad de los coches en la ruta amplia y luminosa, mirando atrás, hacia las grietas alquitranadas del espacio y el silencio y los quejidos.

## Segunda parte

### II

De un lado tengo grabado Nirvana. Del otro, Atahualpa Yupanqui. Me estoy abriendo a cosas nuevas. En el silencio de dar vuelta al casete oigo la voz de la mujer que tiene acné en la sien que me enfrenta. Labios paspados, buzo y anillo azules, la cara india y las mejillas maquilladas. Me mira y empieza la música. A qué le llaman distancia.

Traigo puesta una camiseta que tiene bolsillos en la tripa, es gris, escote en V y dice Southern en violeta. Huele a mojado, a pasta, leche en el estómago. Le doy mi atención completa a lo que estoy escribiendo. Inmediatamente paso a darle toda mi atención también a lo que Karina o algo así hace con sus uñas largas, y hay un equilibrio siempre a punto de romperse en casos como éste en que me multiplico. Lo importante es la calma. Todo es placer lento, en escalera caracol, vertiginoso. Ella inicia su ritual indígena y así como me llega se va la imagen de una casi niña en una playa nocturna. Cruza las uñas sobre bigotes invisibles y se lame los labios mientras cada palabra cae entera en el papel desde mi mano roja, y se lo puede ver de un lado y del otro, estoy en dos lugares al mismo tiempo o los dos lugares están en mí. Entonces empezamos a vivir dentro de la canción que es sólo mía. Ésta. Sé cómo va a terminar.

Toma un archivador de cuero y se levanta. Tiene un pantalón azul marino. Sale de la biblioteca. Sólo están

lejos las cosas que no sabemos mirar. Va a terminar en amor, o en miedo.

Creo que fue Favio el que me dijo que yo tenía una leche nunca vista. Que él, de mi misma edad, no paraba de coger.

A la bibliotecaria le pregunté el nombre. Isabel. Me sorprende que ahora esté abriendo el placar de acrílico donde están apilados los disquetes en orden de cementerio, y noto que su asistente lleva una taza humeante de porcelana blanca y una pollera del largo Chanel clásica y mostaza. Sonríe.

En la pared hay un cuadro que dice Jerusalén y cuatro posters de Picasso, Miró y Matisse. Se sientan a mi mesa cuatro mujeres y ocupan las sillas vacías. Una tiene el jopo columpiando sobre una mancha bajo el ojo que está a mi derecha. A veces apoya la mano sobre la mancha. Aparenta una quemadura.

La idea de quedarme acá me tienta, salir de la ciudad y a esta altura de la noche me desenchufa.

Ojeo sillas todas iguales, papeles sobre libros, una impresora vieja. Detrás de mí, un tipo pálido con una cazadora de nailon que es verde por fuera y naranja por dentro. Isabel le alcanza un disquete y un viejo me mira como si estuviese robando algo. Huelen a soledad todas esas cosas.

Me paro no muy rígido al final de la fila. Hay dos tipos con camperas de cuero. Uno tiene el pelo atado con una gomita y balbucea su número de estudiante. Ahora se coloca una tipa detrás de mí, pasa una amiga y le pide que le reserve el lugar.

¿Tenés hora?

No. Mirá, ahí tenés.

Veintiuna horas cinco minutos, seis, el número baja en el reloj de pared. Me quito el Aíwa y lo prendo al cinturón. Llego mi turno. Me doy la vuelta, camino duro hacia la salida. Ni una palabra. Me quedé dos segundos mirando a la recepcionista y ni palabra. Desde la calle sus ojos titilan fríos en la pantalla.

Frente al Edificio Libertador escuchando a Atahualpa. El mismo tema una y otra vez. La luna como un latigazo. Uno está donde uno quiere muchas veces sin pensar. El viejo de la biblioteca me siguió mirando como si fuese un ladrón así que llevo conmigo una revista rusa que robé.

Leí todo el camino, por momentos me mareé. Clemente salía a las diez cuarenta y cinco y me quedé a esperarlo.

En la terminal había gente con cara dormida y algunos papeles de bizcochos, envoltorios de galletitas, cajas de cigarros no obstante las papeleras. Tuvo un retraso de cinco minutos, así que la cola de pasajeros se hizo gorda.

Al ómnibus subió un *rastaman* negociable.

La habitación de mi madre está fría y llena de luz negra. La estufita Joya está encendida al máximo, opuesta a la ventana. La corriente de aire le pasa por encima a mi madre que está apenas tapada con su acolchado azul y la toco y está fría. Tiene los ojos apretados, las pestañas hundidas. Cierro la ventana y se acaba el zumbido del aparato, entonces salgo del cuarto y dejo entornada la puerta.

El estar huele a cera roja.

El zipo de plata me hace recordar a mi padre que ahora está en la habitación 605 del Hotel Sao Luiz, bajo la Rodoviária. Abatido encima de la Biblia, escucha un disparo que trepa las paredes exteriores, amarillas de pintura y sucias del gas de los automóviles. Menea la cabeza. Piensa en mí, luego en el Gringo que lo atiende en su restorán y las putas que llenan el olor de la ciudad y la niebla y las triples vías.

Yo pienso en sus congresos estúpidos: Las Religiones del Mundo, Viene el Señor, etc.

Mi padre dice muchas cosas.

Paso por la cocina y abro la heladera. Corto tres rebanadas de queso y en ningún momento enciendo la luz. Me gusta cómo la heladera ilumina de rosado los primeros ladrillos de la pared, el almanaque con una raíz de jengibre, las sillas. Adivino el mármol un poco más lejos.

Entro a tientas a mi cuarto, me cuelgo del pestillo con fuerza. Esquivo automáticamente la tabla de surf que cuelga del techo y ya tiene dos años de vieja, y trastabillo con un plato lleno de cáscaras de tangerina. Pienso en por qué mi viejo vuelve el martes y no el lunes —lo que sería peor— o el miércoles, el sábado de la semana próxima.

Me tiro en la cama vestido, ya de medias, y comienzo a divisar sombras. Me siento un tanto inquieto pero elimino rápidamente la sensación que luego se me hace superficial. Pienso en el rito indígena y la dura expresión en la cara de mi madre —más que un tumor—, y en el frío que me erizó los pelos del antebrazo.

Chupo unas pastillas dulces brasileñas. Son traslúcidas, redondas y teñidas. Aparto apenas una línea

de la cortina para que ilumine el centro del cuarto, las baldosas rojas y el perchero. Un lamparón de humedad parece un hueco. Respiro por la boca y sólo escucho el aire saliendo, entrando, saliendo, entrando. Ya no siento los labios. De vez en cuando me manoteo la boca, intentando aspirar una araña que no siento.

Aprieto mucho los ojos hasta que me duelen los dientes y los pómulos. Oigo que suena el teléfono. Lo dejo sonar nueve veces hasta que se agota. Me acerco a la puerta corrediza convencido de que no escucharé pasos. Parecía muy dormida. Entonces vuelvo a la cama y esta vez me tapo con el acolchado y me meto las manos en los bolsillos. Imagino la escena como un daguerrotipo: mi cara plateada delineada en lápiz y los ojos distraídos, buscando marcas en el techo, esperando que la noche pase y sabiéndome capaz de estar así por horas, mirando los agujeros taladrados y el póster de Nuit de la Glisse que trajo mi primo de Alemania en su vuelta proletaria por el mundo. Pensando en una oreja, unos labios y el aliento tumescente de Favio; el esfuerzo que tendría que hacer para levantarme hasta la cocina en busca de algo que tomar y cómo me faltan las fuerzas. Pienso que una Duracell podría hacerlo por mí.

### III

Graneodin, Norgesic y polvos antimicóticos, un frasco blanco de Old Spice y la colonia Tabú, un casete de Los Ramones que nunca devolví al negro que tenía una

camiseta de Bruxeria, los auriculares de un walkman viejo y servilletas Fasana Clip; todo disimulado sobre la mesa de luz.

Me levanto frío, julio, y los labios con una tira blanca y elástica de baba seca.

Una caja de eslips vacía, el walkman Aiwa comprado en alguna feria. Más que una mesa de luz, un escritorio amplio reservado para instalar una computadora.

La ventana está cerrada.

Sobre una carpeta hay una lista de cosas interiores.

Me coloco un buzo de lana pesado.

Camino la baldosa.

Devoro tres arrollados de chocolate y el azúcar impalpable me excita el paladar, y toso y escupo y me sale líquido de los ojos. En el canal ocho del cable miro la escena de la escaramuza en *Big Bad Mama*. Me llaman del colegio y es Alicia, la secretaria. Hoy en lugar de tener a sexto, tengo a quinto. Son trece alumnos.

Billie Jean ametralla la fiesta de gala de un candidato a diputado.

Son las nueve treinta en el reloj de la pared y termino de tragar. Pongo las manos encima de la hornalla prendida y se dilatan.

Echo humo. Ayer también. Mientras espero el ómnibus, en la parada, hago algunas anotaciones en un bloc blanco. El cielo tiene color de teja. El semáforo detiene diecinueve autos que se recalientan: un Jeep, un ómnibus, una Hondita.

En la parada de enfrente se sienta sobre un brazo de cemento dándome la espalda una chica que vi el otro

día en el ómnibus de regreso de la facultad. Tiene los ojos oblicuos y lo último que diviso de ella cuando sube al armatoste es su mochila negra con bolsillos grises.

Espero no encontrar a Graciela en el primer asiento, compañera de trabajo cincuentona, capricorniana, con arrugas jabonosas.

Le hago la seña de no al primer ómnibus que pasa casi vacío. Pongo el cuello del rompevientos sobre los labios y soplo; el calor es devuelto en hilitos. Subo al segundo ómnibus.

Hoy te viniste abrigadito, dice Graciela desde el asiento de los lisiados.

Saludo a Javier, que está sentado dos asientos más atrás.

Contame cómo estás, dice Graciela y espera una respuesta. Estás resfriado, ¿no?

Bien.

Tás medio resfriado. Lo dice casi con ánimo, y pienso en el primer frío en los pies al bajar de la cama.

Sentado en el reposabrazos de Graciela, coloco la mano a la vista de Javier y disparo fuera del puño el dedo mayor. La apunto. Se oye una carcajada. El guarda me ordena que me siente bien.

Varillas de metal atornillado cubren el piso y vibran, crujen. Javier. Siempre que lo miro recuerdo las tortas macizas que solía hacer su madre; o la vez que a los trece corrimos la maratón hasta el cuartel policial ubicado en la rambla y lo convencí de enlentecer el tranco así llegábamos juntos y cuando estábamos a diez metros de la llegada piqué sin avisarle y le gané por una cabeza.

Javier es hermano de Valeria y es el hijo del director de la escuela donde consigo el dinero que preciso.

Luego de ayudar a Graciela a bajar del ómnibus y tomarla firmemente de la mano porque el escalón es muy alto, ella me ofrece una ropa, buzos, remeras que tiene para vender dentro del bolso de trabajo. Siento el frío. La calle vacía. Necesitaría un buzo con capucha, o una campera gruesa con pocos bolsillos.

Bajo la mirada atenta del padre de Valeria firmo la planilla y pido cuatro lápices número dos.

Camino hasta el patio y me siento en el muro de lajas, sonrío, completamente despabilado. Se acerca una de las Marianas. A Mariana le gusta Guns'n'Roses, Bob Marley, Lola Flores y Mel Gibson. Dice que los padres no la quieren. Se acaban de mudar a una casa de tres plantas, pero las últimas dos semanas han tenido que subsistir a la luz de un farol a mantilla.

Vuelvo endemoniado, cruzo los asientos, la rubia sin peinar, los viejos bebés, un bigotudo. Salto al alquitrán. Espero a que pase el Chevette con un zumbido y miro la escoria de una casa donde trabaja el esposo de mi empleada. Pablito, su hijo, juega con el pedregullo y me lanza una piedra. La luz que de noche se prende al paso. Fede, que dejó la moto afuera.

El asado recalentado al horno tiene kétchup encima y el puré de papas está demasiado disuelto en leche.

El cansancio me tumba. Espero que los minutos pasen lentos. La cama está hecha. No me duermo pero entro al lugar de mi cabeza donde están los sueños y hay una cascada, un galeón, un hombre y su sombra.

## IV

Prendo un cigarro y hago silencio. Me pesan y duelen los lacrimales. El cuarto de mi madre está trancado con llave. Le grito para saber si está bien y también grita. Me quedo más tranquilo.

Me siento frente al mapa inventado por Roberto. Se llama 2008. Las rutas gruesas son rojas como en cualquier otro mapa, pero éstas son el trazado de un maestro o las arterias de un drogado. Visto de lejos parece un cráneo tajeado, el escenario por el que se deslizan edificios de negro, enormes cuerpos sin ventanas que hundan las sierras, y los armatostes crecen hacia adentro a cientos de km/h, personas/minutos y rutas resbaladizas. Hacia la mitad de la figura se abre una boca en forma de pozo por la que caen como dientes blancos casas blancas sin ventanas y con pintura rosada que creo que es gente.

Devoro un cigarro tras otro. Noto que los ojos se me embotan.

Pero vuelvo a alzar la vista y a fijarme en los edificios profundos que caen por la boca y crecen en un efecto dominó.

La tarde se deteriora y la ciudad empieza a llenarse de cielo, ni oscura ni veloz, y a las seis me toca entrar a la facultad.

El canasto de mimbre con las revistas de decoración y un cúmulo de otras es un podio y parece detenido. Vuelvo a sentir los ojos pesados.

La muñeca alemana y una foto plateada de Zanja Honda, el sofá y un banco con un pitufo sonriente.

Inflo los pulmones, escojo un pantalón de pana azul, una camiseta de Mickey y un buzo de lana con trenzas. Estornudo. Descuelgo el pañuelo blanco de la cuerda que atraviesa el garaje. Dentro del garaje hay frascos de conservas, el lavarropa y un canasto enorme y un par de garrafas con ropa sucia encima. Los estantes parecen extraídos del mecano. En el camino de vuelta a mi cuarto, acaricio una copa de cristal corta y gorda, nueva, de mi madre.

Pasan: el Hotel Costa Dorada, el puente, la comisaría y los carteles, y el de Benetton con alambres de púa me agrada. El Parque de Exposiciones Tecnológicas, que prometo visitar. Me sorprende la visión de una mujer con sobretodo negro y pintarrajeada que pisotea dos bolsas de basura. Quedan achatadas contra un kiosco con propagandas de Marlboro.

Es el tercer día desde que mi padre se fue. Anoche mamá, con los labios perennemente despintados hasta que adquieren casi la cualidad de borroneados y el color, el tacto y el beso de la piel, alcanzó la jarra de la leche y la vertió en un vaso alto. Anduvo deambulando la noche entera. Desperté a las dos treinta y dos, a la cuatro, a las cuatro y cuarto, a las seis y media. Me mostró el dibujo que había hecho de una ola absolutamente verde con un gran ojo desde el cual se disparaba espuma blanca y me regaló una cajita de madera con tornillos, tuercas, metales irreconocibles y un trozo de cadena adheridos al barniz.



ESTA EDICIÓN DE *TRILOGÍA DEL DOLOR*  
SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN CAPELLADES  
EN ENERO DE 2020

## Editorial Comba

1. Tomás Browne  
*Las semillas de Urano*
2. S. Serrano Poncela  
*La raya oscura*
3. Enrique Lynch  
*Nubarrones*
4. Juan Bautista Durán  
*Convivir con el genio*
5. Andrea Jeftanovic  
*No aceptes caramelos de extraños*
6. Rosa Chacel, Ana María Moix  
*De mar a mar*
7. Matías Correa  
*Geografía de lo inútil*
8. Rosa Chacel  
*La sinrazón*
9. Ernesto Escobar Ulloa  
*Salvo el poder*
10. Alfonso Reyes  
*Memorias de cocina y bodega*
11. Esmeralda Berbel  
*Detrás y delante de los puentes*
12. Ignacio Viladevall  
*Luz de las mariposas*
13. Tatiana Goransky  
*Los impecables*
14. Andrea Jeftanovic  
*Destinos errantes*

15. Federico Valenciano  
*Frontera con la nada*
16. Constanza Ternicier  
*La trayectoria de los aviones  
en el aire*
17. Rodrigo Díaz Cortez  
*Metales rojos*
18. Rosa Chacel  
*Memorias de Leticia Valle*
19. Jordi Dalmau y Lidia Górriz  
*Un nido de agujas en el colchón*
20. Tomás Browne  
*Silbar los viajes*
21. Tatiana Goransky  
*Fade out*
22. Karla Suárez  
*El hijo del héroe*
23. Daniel Mella  
*El hermano mayor*
24. Daniel Mella  
*Lava*
25. Miki Naranja  
*Palabras de perdiz*
26. Esmeralda Berbel  
*Irse*
27. Jimena Néspolo  
*Las cuatro patas del amor*
28. Juan Villa  
*Voces de La Vera*

29. Silvia Eugenia Castellero  
*Eloísa*
30. Karla Suárez  
*Habana año cero*
31. Jordi Dalmau y Lidia Górriz  
*El lanzador de libros*
32. Osías Stutman  
*Mis vidas galantes*
33. Rosario Izquierdo  
*El hijo zurdo*
34. Daniel Mella  
*Trilogía del dolor*